

# CUENTOS DE TERROR

Autor: LUIS CABELLO MUÑOZ

## INDICE

|                       |     |
|-----------------------|-----|
| LA SOMBRA.....        | 3   |
| LA CASA .....         | 10  |
| PAJA Y SAGRE.....     | 25  |
| LA TORMENTA.....      | 57  |
| LA CUEVA.....         | 75  |
| EL ESPEJO.....        | 92  |
| LA FIESTA.....        | 107 |
| LA DEHESA.....        | 136 |
| EL ALUMBRAMIENTO..... | 163 |

## LA SOMBRA

La noche caía sobre la ciudad, el inmenso parque quedaba solitario, lleno de sombras y luces tenues, filtradas por el follaje apelmazado que se balanceaba con la brisa y susurraba lúgubres canciones; el parque encerraba rincones impenetrables a la vista de los transeúntes que eran pocos y lo cruzaban embozados y deseosos de llegar al otro lado. Rincones de descanso y sosiego para algunos animales que querían ocultarse a la vista de curiosos y numerosos enemigos potenciales.

Redonda, blanca, recortada sobre el oscuro tapiz azul del cielo, tímida, se asomaba la luna, apacible, iluminando apocadamente las amenazadoras tinieblas que se cernían sobre la vegetación. Se asomaba la luna entre móviles nubarrones sin contorno definido, mimetizados con el profundo azul del cielo y el negro azulado de la noche.

La señora de la noche, la blanca luna, se asomaba un instante y luego se escondía, permitiendo de nuevo el reinado de la tiniebla, de la oscura noche.

Gustaba el astro blanco de jugar con las tinieblas, se escondía tras una nube viajera que cruzaba el cielo de poniente a levante, confundiendo a los observadores, queriéndoles demostrar que era ella la que se movía a

capricho en el oscuro cielo; como si fuese libre y no estuviese sometida a una órbita fija, a un caminar rectilíneo; como si su voluntad fuese la razón de su movimiento e iluminase las cosas a capricho, eligiendo lugares y momentos; como si se tratase de un ser vivo, capaz de tomar decisiones, que jugase en el cielo riéndose de todo y de todos. Coqueta y caprichosa como una novia primorosamente engalanada para sus nupcias.

Jugaba la señora de la noche, provocando tinieblas físicas que se percibían con los ojos y que acuchillaban el corazón de los más valientes; también otras tinieblas eran intuitas por otros sentidos; tinieblas que jugaban suaves y sibilinas tras los ramajes mal definidos, flotantes, sin pertenecer a un árbol concreto; sin entronque con ninguna planta viva. Tinieblas que se balanceaban en la oscuridad de un tenebroso rincón perdido del parque.

La lechuza parecía descoyuntar su cuello cuando giraba a uno y otro lado su redonda cara blanca; sobre la que destacaban dos ojos redondos y desproporcionados, que desesperadamente buscaban una presa entre las muertas y reseca hojas que tapizaban el suelo húmedo, lúgubre. Su pico ganchudo y afilado ocupaba el centro del círculo blanco de su rostro, su mirada escudriñaba su territorio lleno de murmullos crujientes y acompasados por el ir y venir del frío viento.

La fría noche de finales de otoño, trascurría apacible entre rayos blancos de luna y ráfagas de helado viento. De cuando en vez, el silencio se rompía con el murmullo de la hojarasca mecida por una brisa fría, la misma brisa que acariciaba los festones bordados en oro de la gran capa negra que cubría por completo a la siniestra figura.

Un negro sombrero de ala redonda y ancha, ondulante como las olas del negro mar cercano y presente en forma de murmullo de olas; remata la difusa imagen que se intuía sentada en el banco del apartado rincón perdido en la intrincada selva del parque; allí bajo los árboles negros y llenos de murmullos inquietantes.

El rugido de la mar del norte era a cada minuto más presente, más palpable; llena con el ronquido acompasado de las rompientes olas las tinieblas de la noche, noche que se hacía insondable y terrorífica; confundiendo la oscuridad del mar con la oscuridad del cielo; no permitiendo que línea alguna separase el uno del otro, como si la tiniebla fuese una sola, un solo infierno rugiente y amenazante.

El asiento metálico, negro, de hierro fundido, tamizaba el aire frío entre sus intrincados y mitológicos dibujos de sátiros, demonios y monstruos de largas lenguas y caprinos cuernos. Sus diabólicas figuras parecían moverse. Banco helado, situado en el apartado rincón perdido en la tiniebla que todo lo llenaba. Sentada, la esbelta figura, corvada

como una infernal lente; a la que podría atribuirse cierto perfil humano.

Tensado el arco de su cuerpo, sentada en el banco negro, frío, metálico; apoyada sobre sus brazos terminados en ganchudas manos que agarraban con fuerza la larga vara. Provocaba la confusión de su perfil, con las flotantes ramas danzarinas entre la niebla que todo lo envolvía como una gasa vaporosa. Las amplias mangas negras colgaban de sus brazos y cubrían hasta la punta de sus dedos. Dedos que se aferran a su herramienta larga y negra.

La lechuza escudriñaba el suelo con sus negros, redondos, brillantes ojos, ávidos de sangre; engarzados en su cara redonda, blanca, oscilante como péndulo lento de reloj. Son sus ojos los encargados de atrapar cualquier movimiento en su sensible retina.

Sus sensibles oídos analizaban cada roce, cada crujido, cada murmullo del suelo; que su cerebro sabía distinguir, separar, situar, ponderar; para identificar al enemigo o a la presa, al peligro y al alimento.

El ave nocturna y rapaz, necesitaba inspeccionar cada rincón de su campo de caza, desde su despejada atalaya. Por el contrario, la negra figura sentada en el banco, no necesitaba alzar su vista para ver.

En el suelo, una pequeña, suave, gris cabecilla,

precedida por un puntiagudo y húmedo hocico de atusados bigotes, asomaba sobre las hojas muertas. Sus encendidos ojos negros, vivarachos, redondos y pequeños, escrutaban la oscuridad del parque; su fino olfato, buscaba alguna semilla derribada por el frío y húmedo viento de otoño, para saciar el hambre que atenazaba sus intestinos; que los pellizcaba con dedos de hierro, produciendo tal desesperación en el animal, que le hacían arrinconar el miedo. Procuraba no mover la mullida capa vegetal para no delatarse a los ojos de la paciente e implacable cazadora.

La experiencia ancestral gravada en sus genes, le mandaba tener prevista la huida; su carrera hasta el refugio debía estar medida, calculada; cada paso y cada obstáculo debían estar siempre grabados en el grafico que su cerebro dibujaba y modificaba en cada circunstancia, en cada movimiento, a cada nueva posición.

La pata metálica del banco que cubría su agujero, que disimulaba su refugio; corcovada y prieta de figuras diabólicas, que difuminaban su contorno hasta hacerlo indefinido, casi confundiéndolo con las sombras que lo inundaban todo; hasta mezclar los límites de lo sólido con el etéreo y frío aire en el que se desvanecían, sombras, vapores, nieblas, sensaciones y miedos se introducían en la hojarasca hasta el húmedo suelo.

Un movimiento innecesario, excesivo, superfluo, quizás

un fallo, una imprevisión; descubrió la posición del roedor bajo las muertas hojas. El astuto animalito inmediatamente reconoció su error y un escalofrío recorrió su cuerpo; desde su negra, pequeña y húmeda nariz, hasta su curvo y afilado rabo. Su columna vertebral recibió precisas órdenes desde su cerebro; pero el pájaro de la noche extendió sus alas, y un blanco relámpago se dibujó en el oscuro follaje. El ataque y la huida, la vida y la muerte; ambos contendientes entraron en el dilema de vivir o morir, de la supervivencia, del ser o no ser. La lechuza, el pájaro de la noche lanzó su ataque, ya no había disimulo, las cartas estaban sobre la mesa.

La huida fue primero imperativa, luego frenética; el roedor sabía que un segundo separaba su vida de su muerte. La carrera fue rápida, desaforada, ya no cabía trastienda; solo la velocidad podía salvarlo, y corrió como si en ello le fuera la vida. La huida fue resuelta y directa a su refugio, todo lo tenía calculado, las distancias medidas, conocía cada paso, cada obstáculo, esta vez ganaría su supervivencia. No valían diplomacias ni estratagemas; su salvación era alcanzar la pata del frío y negro banco, bajo ella estaba el agujero; objetivo y salvación del pequeño mamífero, su refugio, su cálida guarida.

La oscura y cóncava sombra, movió su largo y duro báculo, un movimiento casi imperceptible, corto, rápido, muy hábil. El grave sonido de la vara al impactar con la base



metálica de la pata del banco, rompió el cadencioso silbido del viento; para el roedor sonó como un trueno, como la caída del universo sobre su cuerpo diminuto y frágil. Luego un chillido agudo, corto, punzante, el largo y fino rabo quedaba atrapado por la punta de la negra vara, permitiendo al ave de la noche, a la cazadora paciente e implacable, a la lechuza; clavar sus uñas en el peludo y blando cuerpo del roedor, de nuevo un chillido de muerte y desesperación, luego el silencio.

La negra y siniestra figura levantó la cabeza, permitiendo que bajo el ala amplia y sinuosa de su negro sombrero, penetrara un claro rayo de luna, blanco y frío, que iluminó el huesudo rostro de la muerte. El mismo rayo, tocó el filo cortante, y arrancó un destello helado de la hoja de su guadaña.

## LA CASA

Algo apartado del resto de los edificios del pequeño pueblo, la majestuosa figura del imponente caserón, se dibujaba a esas horas contra el rojo resplandor del crepúsculo de esa tarde del verano de mil novecientos setenta y seis.

Marta, una jovencita de quince años, regresaba a la casa familiar tras una trabajosa jornada escolar en el pequeño instituto del pueblo; su uniforme, formado por una falda plisada de lino, tintada en grandes cuadros de un azul grisáceo y los otros en un amarillo muy pálido, casi blanco; sujeta a sus hombros por unos anchos tirantes que en su pecho se juntaban en un peto del mismo tejido y color, resaltaban sobre una fina camisa de lino muy blanca.

Difícilmente conseguía el amplio uniforme disimular sus formas de mujer, que empezaban a resaltar a ojos de todos; sus piernas fuertes y bien formadas, sus anchas caderas, que se marcaban con abundancia bajo la amplia falda; y sus incipientes pechos jóvenes y prietos que se insinuaban bajo la camisa.

Su negro pelo muy bien peinado en una melena mullida por los rizos y tirabuzones, enmarcaba un rostro blanco y juvenil, de rosada boca siempre marcada por una sonrisa.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

